



Por otra parte, el saber puede ser el culmen, la posesión de varios conocimientos o de un conocimiento cierto. Esto nos recuerda la clásica distinción que nos proponía Platón en República (2007), cuando hacía una suerte de jerarquización que iba de la ingenua conjetura hacia la ciencia dialéctica sobre algún asunto, relacionando esto a su vez con el paso del conocimiento de lo sensible a lo universal, más allá de lo percibido. Tal vez un poco el espíritu de la idea del saber en tanto culmen de conocimiento siga presente incluso en propuestas pedagógicas contemporáneas como la pedagogía conceptual (De Zubiría, 2002), que hace una progresión gradual del aprendizaje, yendo de las nociones a los conceptos, y de estos a las categorías. Sin embargo, ello no se nombra en términos de sabiduría, esa idea de saber en tanto totalidad alcanzada gracias a la suma precisa de conocimientos es una idea clásica que ya no goza de fuerza y prestigio por su dificultad para ser alcanzada y practicada. Pocos parecen creer que conocer en profundidad sobre algo sea lo mismo que ser sabio, aunque se reconozca un proceso gradual de conocimiento, de manera que, por ello, voy a dejar aquí solamente enunciada esta comprensión de saber, pues creo que el problema va por otro camino.

Mi idea de entrada es que el conocimiento tiene un protagonismo que a veces se exalta menospreciando la noción de saber, sea por exceso, es decir por la imposibilidad de alcanzar el saber cuando se entiende como una condición de dominio integral de conocimientos, pero especialmente por defecto.

Dicho de otra manera, un conocimiento a veces se entiende como construcción que pasa por escenarios institucionales formales, por ejemplo, la universidad y los centros de investigación, que cuenta con un método específico de investigación —*monismo metodológico*, le llama Mardones (2001)—, fundamentado en una producción discursiva que ha venido consolidándose históricamente, hasta lograr, en términos foucaultianos, pasar por un umbral de “epistemologización” en el que hay axiomas particulares validados dentro de la estructura discursiva investigativa misma (Bedoya, 1989). Las comunidades científicas delimitan el fenómeno u objeto de conocimiento, lo construyen, acumulando sobre este apreciaciones justificadas y a veces hasta comprobadas, o también, para recordar a Popper (Adorno, 1973), acumulando apreciaciones y comprobaciones que falsean la productividad previa. Esta noción de conocimiento ha hecho carrera en nuestra comprensión del mundo contemporáneo, y aunque es evidente que el conocimiento es diverso, cuando se trata del conocimiento de las ciencias naturales y las ciencias humanas (Mardones, 2001), cualquiera de estos continúa participando de unos rasgos comunes como la validación por parte de las autoridades académicas institucionalizadas, el interés por delimitar el objeto en lo posible a un solo estilo metodológico, un deseo por la generalización de las conclusiones, por explicar el acontecimiento —en términos de precisar causas parciales o totales—, entre otros rasgos. Visto así, parece que las ciencias que producen o descubren conocimiento en la actualidad, tienen más convergencias que divergencias. Vale recordar, desde este punto de vista, la tesis clásica de Hempel según la cual los

conocimientos de las ciencias naturales y las interpretativas tiene la misma estructura, en cuanto intentan hacer deducciones basadas en leyes que son comprobadas o hipotéticas (Hempel, 1996). Otra manera más simplista, pero no errada, de plantear lo anterior, es que el conocimiento es lo que se publica en las revistas científicas —expresión de la más respetada autoridad institucional— bajo el conocido formato de: resumen, palabras clave, planteamiento del problema, metodología y conclusiones.

Entre tanto, saber sería algo diferente, algo más “folclórico”, variopinto, “exótico”, cuando no inalcanzable —claro, desde el punto de vista de la institucionalidad del conocimiento—. Parece haber una tendencia a suponer que el saber es algo que se gesta en las comunidades culturales arraigadas a territorios, que circula por espacios abiertos, no necesariamente por salones de clase o laboratorios, más heterodoxo en sentido metódico, discursivo, comprobatorio, que no sigue necesariamente la línea de lo “empírico analítico” y del “análisis e interpretación categorial”. El saber es algo importante, pero parece no contar con el sello de calidad del conocimiento “científicamente comprobado” por científicos adscritos a prestigiosos laboratorios y centros académicos. El saber suele ser más próximo a la tradición, el pasado de agrupaciones, la experiencia entrelazada con el mito. Estos rasgos, que pueden ser parte de su riqueza, ponen al saber en el lugar de “lo otro”, de aquello que no es conocimiento/conceptualización. De hecho, es muy frecuente el empleo de la expresión “saberes otros” (Sánchez, 2018), para designar ese remanente de otras prácticas y aproximaciones al mundo que no son el conocimiento habitual.

El saber pareciese ser un dominio más democrático, en el sentido en que no precisa pasar por centros de conocimiento designados. Para adentrarse en el saber puede bastar con existir y estar atento a escuchar lo que dice la abuela, el taita, el mamo, el chamán, la hermana mayor o cualquier otro personaje respetado por su trayectoria vital, y, a partir de lo escuchado y visto, intentar encargarnos de nuestra vida; saber tiene que ver con la experiencia de un sujeto en el mundo más que con una actitud de captar con percepción metódica, aunque estas dos cuestiones no se excluyan mutuamente. Desde luego, no siempre se presentan el saber y el conocimiento surcando caminos apartados, también hay experiencias de encuentro, valiosísimas desde el punto de vista pedagógico, por ejemplo, presentes en aquella expresión notable de Freire (2003), “diálogo de saberes”, en la que todos sabemos algo al tiempo que ignoramos algo, o en esfuerzos académicos latinoamericanos que han luchado por decolonizar el saber y de paso el ser (Castro-Gómez, 2007).

## Lo arrogante de la suposición

Sin embargo, aquel uso de los términos “saber” y “conocimiento” como parcialmente opuestos, en el que el segundo es valorado en detrimento del primero, sospecho que puede ser un prejuicio nocivo. Y pienso que es un prejuicio de uso, porque etimológicamente la diferencia no es tajante.



Hay otro uso del término “saber” que llama la atención: el saber como dominio en la acción al realizar una tarea concreta. Este sentido de saber destaca su vinculación con la actuación correcta, con el desempeño específico ante una situación, lo aproxima de una manera directa con la noción contemporánea de competencia, aquella que a menudo se define como **saber** hacer en un contexto dado, basado en conocimientos, habilidades, disposiciones, actitudes, etc. (*Estándares Básicos De Competencias En Lenguaje, Matemáticas y demás*, s. f.). El Ministerio de Educación Nacional de Colombia, por ejemplo, le agrega al saber especificidades del tipo “saber ser”, “saber hacer”, entre otras. Esta apreciación sobre el saber resulta llamativa porque parece reivindicativa de la importancia de este, empero, la sospecha que vengo planteando en la relación saber-conocimiento parece mantenerse, pues hay una subordinación del saber al conocer, basada en la suposición de que hay que conocer conceptualmente como condición para actuar correctamente. Además, el saber se valora instrumentalmente, en cuanto acto resolutivo, ya no en tanto forma de configuración de la subjetividad de personas y comunidades que escapa, a veces, a la aplicación inmediata en el mundo.

Espero, en este punto, haberle dado algo de sustento a mi sospecha, que se va volviendo preocupación, por dos razones: una, por presenciar que se trata de establecer distinciones tajantes entre saber y conocer; y dos, porque este intento redundaba en una falta de generosidad de algunos situados en la producción de conocimiento formal con la noción amplia de saber, especialmente aquella desvinculada de los círculos académicos.

## Anoche tuve un sueño

Quiero proponer pensar esta cuestión del saber y el conocer a la luz de un sueño que he tenido.

El sueño comienza en un auditorio presenciando una obra de teatro. El escenario era maravilloso, el suelo era de madera y brillaba de forma increíble, ello duplicaba la luminosidad de la puesta en escena; los paneles también eran de una madera impecable, similar al cedro, y opacos; las sillas de los espectadores estaban organizadas en forma de diamante. En fin, un teatro espléndido.

La obra que se estaba presentando se había publicitado como una pieza vanguardista del teatro y la improvisación, con una trama que prometía sorpresa y un giro dramático inusitado. La obra integraba a los asistentes mediante la interacción espontánea e intentando acoplar esa dinámica a la del guion preparado.

Cuando ingresé al auditorio, me sentí afortunado por poderme ubicar en la primera fila. A esa fortuna la siguió una pequeña decepción al notar que en tan bello y grande auditorio, el público ascendía a poco más de 130 personas. Al empezar la función, me convencí de

que en verdad era una obra cautivadora, asombrosa, que hacía justicia a la expectativa y los calificativos que había generado.

Como buen sueño, atemporal y borroso, no recuerdo el contenido, la trama de la historia, solo recuerdo la sensación de felicidad y asombro que me generaba.

Pero la parte final de la obra sí la recuerdo. Era el momento prometido en que se manifestaba la improvisación en escena a través de la conversación espontánea entre los actores y las personas del público, antesala esto del giro inesperado en el desenlace. Comencé a ver cómo un actor le lanzaba preguntas aleatorias a un espectador específico y este respondía de forma tan poética, tan pertinente, que me parecía increíble que de repente el espectador respondiera así de sintonizado con la obra. Pensé que esa era la magia de la obra, tenía tanta fuerza en escena que cualquiera que fuese preguntado podría responder con la inspiración suficiente como para mantener el estatus complejo de la escena.

Era la última intervención con un espectador, y de repente me escogieron a mí. Me sentía absolutamente nervioso, incapaz de aproximarme a la elocuencia de mis predecesores en ese juego fascinante de improvisación. Uno de los actores me increpó con una declamación poética al mejor estilo de Fuente Ovejuna, y, sin pensarlo, como conteniendo un resorte de palabras en mí interior, le respondí con maestría y poesía, diciendo cosas tan complejas que me sorprendían. Me sorprendía la claridad que usaba al referirme a un profundo asunto, me sorprendía que las palabras fueran parte de mí, es decir, me identificaba con ellas. Estaba sintiendo cada palabra, cada frase. Desde mi lugar en el auditorio me levanté y comencé a acompañar lo que decía con la vehemencia de mis gestos corporales, caminando, llegando al borde que divide el escenario de las sillas de los espectadores; las personas alrededor estaban maravilladas y sorprendidas, se emocionaban a cada término de mi intervención, el actor me hizo tal vez cinco preguntas y yo realicé cinco doctas resoluciones. Al final, el aplauso era unánime, sonoro.

Cuando los aplausos se calmaron un poco, otro actor dijo: “¡he aquí el final inesperado, este hombre —refiriéndose a mí— es parte de la obra y es un actor más de nuestra compañía!”. Enseguida estallaron de nuevo los aplausos y, mientras las palmas decoraban el lugar recordé, como una epifanía, algo que antes no me había sido revelado: en verdad era parte de la obra, era un actor más, pero me habían realizado una hipnosis previa cuyo propósito era hacerme olvidar de mi papel en la obra y todo lo que eso conllevaba: los diálogos, la historia, las personas en escena. Evoqué entonces el diván, el extraño psicólogo que practicó la hipnosis, la inducción al sueño, en fin, toda la parafernalia terapéutica para lograr mi olvido. El actor que reveló mi papel en la obra narró lo mismo que yo estaba recordando y explicaba con gran histrionismo que el giro inesperado del desenlace consistía en volver a traer a un personaje que no era un personaje, pues ni el intérprete mismo lo sabía. Era esa la técnica novedosa con que sorprendió la compañía de teatro en mi sueño.

Este sueño se volvió una pequeña obsesión. Me comparaba, guardando las proporciones y la modestia, con Miki Leon, el personaje del filme *Vals con Bashir* (2008), que se obsesiona con una pesadilla recurrente. Me preguntaba, en oposición a mi formación filosófica centrada durante mucho tiempo en la razón y la lógica proposicional, si aquel sueño tendría un sentido, más allá de la representación misma y de las explicaciones neurológicas de las imágenes que contienen.

Leí algo de Freud. En *La interpretación de los sueños* (Freud, 2013), hay varias claves para entender este fenómeno tan universal y al tiempo indescifrable. Freud invita a considerar cuestiones muy propias de su teoría psicosexual, como por ejemplo si el sueño da cuenta de algún deseo no realizado —reprimido o no reprimido—, si este deseo se expresa de manera directa o figurada, entre otros aspectos. Estas claves me ayudaron a intentar encaminar una plausible interpretación de mi suceso onírico, y en esta búsqueda noté que el sueño no es un objeto sobre el que se encuentre con facilidad producción de conocimiento riguroso relacionado con su interpretación, diferente a sus explicaciones fisiológicas y neurológicas. En las indagaciones que hice por la curiosidad de interpretarme, encontré que gran parte de la producción en literatura académica sobre los sueños se sigue centrando en el psicoanálisis,<sup>3</sup> referente que a veces parece pervivir en solitario, sin olvidar que ha sido blanco de críticas precisamente por sus teorías interpretativas —especialmente recuerdo las críticas que le realizaban Sartre (1979), Wittgenstein (1988) a Freud—.

Pero además de esa casi exclusividad del trato del tema, me llamó la atención un artículo llamado *“Los sueños como instrumentos etnográficos”* (Tobón, 2015). Si bien no se trata de una interpretación del significado de los sueños, resultó muy interesante, pues trata del modo en que los sueños del investigador y de otros miembros de la comunidad con la que investigaba —Uitoto y Muinane— posibilitaron conversar, discutir e interactuar.

Considerando este tipo de experiencias, decidí recurrir a otra instancia distinta al conocimiento oficial y formal para enriquecer la comprensión sobre mi sueño, aceptando que las pautas interpretativas psicoanalíticas contribuyeron al “desciframiento”, aunque me resultaban algo insuficientes, no por algún vacío explicativo a mi juicio, sino porque quería convencerme de que ese sueño entrañaba algún tipo de revelación para mí, un mensaje metafísico, y, por supuesto, este deseo próximo al capricho irracional de sentir que somos los elegidos para recibir un mensaje especial, no se sacia con los argumentos académicos que una solitaria y cuestionada línea de trabajo ha construido. Desde luego, no es un cuestionamiento al psicoanálisis, es sobre todo una solicitud para considerar con mayor interés en las investigaciones académicas este tipo de objetos que no se dejan conocer fácilmente por su naturaleza misma.



3 Como puede evidenciarse en lo arrojado en la búsqueda con el descriptor “interpretación de sueños” en [www.redalyc.org](http://www.redalyc.org)

Así que vamos con el complemento al conocimiento —lo digo con ironía—. Mi madre, creció en medio de la circulación de saberes curativos en el departamento de Santander. Desde su niñez temprana, fue muy próxima a Don Gilberto, un señor reconocido en su pueblo por preparar medicinas naturales, por su longevidad, por interpretar el futuro desde el presente, etc. Este personaje apadrinó a mi madre y le indujo a la lectura de libros sobre saberes curativos e interpretativos de los Guanes, y a la escucha atenta de la tradición oral sobre saberes ancestrales que él decía compartir. En ese contexto, mi madre se interesó progresivamente por la interpretación de los sueños en un sentido espiritual, sentía que tenía un don para ello que su maestro le reforzaba al orientarle a estudiar sobre saberes precolombinos. Este saber de interpretación la viene acompañando desde entonces, y ha resultado sorprendente el nivel de credibilidad que tiene entre sus allegados, quienes la consultan y se sorprenden por la manera en que, a través de los sueños, mi madre les revela intimidades que solo quien consulta sabe y las acompaña de algún comentario a modo de consejo.

Como yo no era parte de ese grupo de allegados fervorosos, luego de varios rodeos y grandes dudas escépticas, decidí consultarle a mi madre el significado de mi sueño. Lo narré con los detalles que pude recordar y ella escuchó atentamente. Debo decir que me sorprendió su interpretación, tanto o más que el sueño mismo. Más o menos fue del siguiente modo su intervención:

Hay algo que te genera preocupación y esto no se muestra de manera diáfana en el mundo de la vigilia, así que se expresa en el plano del sueño de forma desapercibida, seguramente asociado a tu contexto inmediato, a tu experiencia del día en que soñaste eso. [Comunicación personal, MCR, 21 de febrero 2024]

Hasta ahí, hay un consenso entre un psicoanalista y mi madre. A continuación, agregó:

Eso que te preocupa puede interpretarse en tres niveles. Un nivel literal, uno simbólico y otro universal. En un nivel literal, se trata de la situación misma que muestra el sueño, estás frente a algo que te genera gran expectativa, admiración, y tienes cierto temor de no responder a la solicitud de lo que hay frente a ti.

En un nivel simbólico, se trata justamente del sentido figurativo del temor ante la expectativa, que no es la expectativa ante una obra de teatro, sino ante las circunstancias de la vida emocionales y profesionales. En el simbolismo se transforman los escenarios, pero no tanto las emociones o consideraciones experimentadas, el odio vivido en un sueño es odio, el placer es placer, etc. En ese nivel simbólico, hay un sentido más abstracto pero que te sigue implicando. Así, El auditorio representa un espacio privado, al que te invitan o te van a invitar y donde no hay mucha gente. Allí te entrevistan, observan, evalúan, con el ánimo de otorgarte un reconocimiento del que tú no sabes. Puede que alguien te apoye en ese momento, —una persona que te conoce de hace tiempo, de tus comienzos—, similar a como el actor que te preguntaba confiaba en tus respuestas. Las preguntas son difíciles, pero puedes solucionarlas. Luego vas a una exposición o

conferencia en la que eres un invitado destacado. El sueño revela que viene algo bello, pero sobre todo novedoso. Recordarás que ese diálogo lo habías solicitado, pero no le prestaste mucha atención, lo tenías abandonado. En fin, hay sorpresa, novedad, que requieren de tu preparación.

Por último, en un sentido universal, la interpretación del sueño se dirige a que intentes jugar con el aprendizaje de los otros niveles para entender situaciones no necesariamente relacionadas con las motivaciones de tu sueño.<sup>4</sup> En este plano, la pregunta que te dejo es: ¿qué otro ámbito de la realidad puede ser entendido con la ayuda de la estructura del sueño experimentado? [Comunicación personal, MCR, 21 de febrero 2024]

Esa sabiduría maternal me dejó perplejo. Pensé que esos saberes ancestrales que ella había adquirido no se diferenciaban mucho de la fe basada en la religiosidad popular, pero qué sorpresa la que me llevé al notar que no era fruto de la simple opinión. Especialmente tuvieron un eco en mí los dos últimos niveles, los que ella llamó “simbólico” y “universal”, este último en otro sentido diferente al “universal” del conocimiento científico que busca causas suficientes y necesarias, o leyes que rijan un fenómeno. El término aquí se refería a un esquema de entendimiento derivado del sueño que pudiera ser interesante de pensarse en otro ámbito diferente de lo onírico. En este punto de la reflexión es cuando me pregunto si algún conocimiento, de aquellos que subordinan el saber al conocimiento podría brindar un recurso interpretativo parecido al que me develaba el sueño en cuestión. Me refiero a un tipo de interpretación que acepta la mística, el contexto, que considera razones y también propósitos para un sueño, algo cercano a lo que creían muchas comunidades indígenas acerca de que los sueños servían para dar mensajes. Se trata de una exploración sobre un fenómeno que no comienza con la conceptualización sino con lo simbólico.

## Un saber revelador que confronta la suposición

La interpretación de segundo nivel me arrojó muchas preguntas provocadoras para descifrar. Ese nivel simbólico sigue siendo personal, según mi madre, así que lo trasladé al quehacer profesional, a modo de comprensión pedagógica. Allí encontré algunas claves interesantes. Con la influencia de los saberes intuitivos maternos me di varias licencias creativas que no resultaron descabelladas a la hora de interpretarme.

Con el consejo de mi madre, lo simbólico como metáfora de mí mismo me llevó a lo siguiente: aquel auditorio como espacio privado puede asemejarse a un espacio de



4 Estos niveles de comprensión me recuerdan bastante lo que señala Ed Vulliamy cuando habla del libro *La Peste* de Camus, al indicar que esta obra obliga a ser leída varias veces para entender el nivel literal, el nivel alegórico y el universal (*El Regreso De La Peste | Letras Libres*, s. f.). El primer nivel es el de la historia de una plaga que azota una ciudad, el segundo es el de la interpretación de la obra como una alegoría al fascismo, y el tercer nivel, devela nuestra experiencia del mal en la vida.

salón de clase, que no es masivo, es de pocas personas, es privado dentro de la práctica pública de la enseñanza. Quienes preguntan, entrevistan, observan y hasta evalúan, no son otros que el estudiantado, y por supuesto, no hay reconocimiento más significativo y difícil que el de un estudiantado sobre la labor de su maestro. Aquel actor que preguntaba con maestría, figurativamente se aproxima a aquel o aquella estudiante que ya conoce a su maestro con anterioridad, y aprende a preguntar y a preguntarle, a “exigirle” con desafíos compartidos.

Este nivel simbólico mi madre lo resaltó como novedoso, sorpresivo. Esas características las asumí como un anhelo y un reclamo, anhelo porque eso es lo que deseo en el aprendizaje propio y el del estudiantado; reclamo, porque esa fuerza por mantener el asombro parece disminuirse con el pasar del tiempo, paradójicamente acumular experiencia se muestra como restar creatividad. Se empieza a olvidar el ímpetu creativo, la construcción de más “obras” con finales inesperados en el estudio colectivo en una clase de la universidad. Y aquí, el saber materno me induce a conectar con la idea de que hay un diálogo que ha sido abandonado a pesar de que yo mismo lo busqué, el diálogo sobre la novedad que reclamé —el de mantener el asombro pedagógico—, lo perdí de vista. En este nivel simbólico, descubro que hay una aspiración profesional que yo mismo guardé en el olvido, pero que sigue reclamando su lugar. Espero, sinceramente, que la interpretación optimista de mi madre acerca de que, si estoy preparado, puedo responder a esos difíciles cuestionamientos, se realice, y así, dicho diálogo espontáneo y alternativo que solicité para aprender con otros tenga lugar más allá del sueño.

Ahora, me pregunto cuál es el objeto de esa comprensión pedagógica que se hace situada, en medio de personas con saberes. Esto me conduce al tercer nivel de interpretación sobre el sueño, el nivel que mi madre llamó universal.

La pregunta desde el saber de mi madre era qué, de manera análoga, podría aprenderse a partir de la estructura del sueño, especialmente en su parte final, aquella del desenlace inesperado. Para ello, habría que evocar un poco tal estructura: una situación de la que alguien sí sabía, aunque no sabía —así sea paradójico—, como mi actuación sin saber que hacía parte del grupo de actores, con una serie de respuestas que eran espontáneas y al tiempo, ya habían sido pensadas. En general, un hacer parte de algo sin saberlo, y al no saberlo hacer parte de ello de forma más genuina. Una suerte de paradoja de Russell en la que un elemento es parte de un conjunto en la medida en que el criterio para pertenecer es no pertenecer a dicho conjunto. Y junto a lo anterior, el descubrimiento de un ejercicio hipnótico, que posibilitó a alguien creer intervenir espontáneamente mientras en cierto sentido no lo hacía.

Aquí no creo que haya una diferencia tajante entre saber y conocer, y menos una prevalencia de una sobre otra. He seguido la pista a esa distinción problemática, que he reconocido en algunos escenarios académicos y científicos. Por ello, la interpretación

de mi sueño creo que conjuga la experiencia del conocimiento que me ha brindado la formalidad con los saberes que desde otras regiones se expresan en las comprensiones que del mundo tiene mi madre.

Intentaré compartir la reflexión que me ha dejado el sueño y su interpretación, especialmente en el sentido universal. ¿En qué situación, además de la del teatro, sería deseable saber sin saber? Esta pregunta me lleva al campo de la filosofía. Incluso esto de saber sin saber, de no saber que se sabe, se oye como un enigma socrático, aunque es un poco distinto. En la famosa alocución socrática, el mensaje de este pensador de la antigüedad es que la única certeza que tiene respecto al conocimiento es que no sabe (Platón, 2014). El saber de Sócrates es el de la ausencia, sabe que es un gran ignorante, y en cierto sentido ese es su saber más honesto.

Pero la formulación derivada del sueño no es saber que no se sabe sino *no saber que se sabe*. Claro, también podría aplicar para Sócrates, al decir de él que en verdad no sabe cuánto sabe, pero este énfasis es más una interpretación que no ha hecho tanta mella en la historia de la filosofía como el “saber que no se sabe”. No saber que se sabe es una actitud más propia de los saberes ancestrales que de la filosofía y la ciencia mismas, y en este punto recuerdo una conferencia fantástica que escuché a la profesora Consuelo Pabón en septiembre de 2023, en la Universidad Pedagógica Nacional (Pabón, 2023). En su intervención, la colega, hablando del pensamiento Cofán, mostraba una diferencia notable entre este y el pensar griego, pues mientras en el pueblo Cofán se considera y respeta la figura del “sabedor”, la tradición occidental es más próxima a la idea del “ignorador socrático”. El sabedor sabe porque tiene una alianza con los espíritus, quienes se le revelan a través de estados provocados por el yagé —o en los sueños—, se asume en unidad con la inmanencia de la tierra y el cosmos, por ello la espiritualidad está en el territorio. El ignorador acude a su deducción lógica para reafirmar su limitación epistémica, se asume más en una perspectiva que aparta al sujeto del objeto de conocimiento —y aunque esto ya no es socrático, si es recurrente en la noción usual de conocimiento científico.

El Sabedor, pienso, puede no saber cuánto sabe. Es posible que lo que le ha sido revelado en los sueños, la simbología confusa, la voz de los espíritus, no sea comprendido por él, aunque sepa de su importancia y su riqueza para la vida. Algo así como un saber latente, que no está del todo, pero está. Esto no es absoluta ignorancia, tampoco rampante conocimiento, pero “es” algo. Dándome licencia para parodiar un ejemplo de Lévinas (1991), es una experiencia similar a la de estar en la oscuridad de una habitación y lograr notar que hay objetos en la penumbra, presumiblemente mesas, cuadros, sillas; captarlos de algún modo sin verlos.

Volviendo a mi sueño, y guardadas las enormes proporciones entre un sabedor y yo, creo que comparto esa experiencia de saber sin saber, en mi anécdota onírica. Y lo ocurrido

en el sueño, en virtud de la propuesta maternal de buscar el sentido universal, resulta aplicable al campo de la filosofía de forma análoga. Intentaré explicarlo.

Cuando nos formamos en la universidad aprendemos de manera organizada, hasta aprendemos con rasgos distintivos en cada profesión. En ocasiones la formación se basa en aquella noción de conocimiento que me resulta problemática, como ya lo comenté antes. Pero, incluso si nos formamos en una noción amplia y menos vanidosa de conocimiento, a menudo aprendemos a pensar a partir de los autores más emblemáticos, de sus obras, sus comentaristas, sus opositores, y casi de forma imperceptible confundimos pensar con ayuda de los autores con dejar de pensar por nosotros mismos. Solemos tomar a los autores y sus obras como tótems que evitan nuestras equivocaciones porque hablan por nosotros. Así, nos vamos convirtiendo en un pensamiento ajeno, una voz extraña que pregona reflexiones de otros cuando dichas reflexiones no atraviesan nuestro entendimiento y nuestra vida. Claro, no siempre sucede eso, también se presentan voces disidentes de maestros y estudiantes que quieren seguir manteniendo su propio pensar y su propia voz, por ingenua que pueda ser, y se constituyen en esos críticos incómodos de la academia.

A decir verdad, tengo ese sentimiento con regularidad en mi práctica docente, el sentirme autorizado para hablar en la medida en que no hablo directamente, sino que son los libros los que se manifiestan a través de mi cátedra. Aunque declamo autores me siento silencioso, a veces como un profesor que enseña historia de las ideas más que filosofía o a filosofar. Comparto esa angustia que también expresa Bárcena (2013) en un artículo muy interesante, en el que cuestiona si trabajar filosofía de la educación no sería algo parecido a ser consciente de esa asfixia provocada por múltiples voces autorizadas e intentar construir algo diferente, digamos, caseramente, con el grupo de clase.

Siguiendo esta idea, encuentro que dejarme hipnotizar para olvidar que soy actor en una obra de teatro equivale a suspender de algún modo el juicio —prejuicio— sobre el conocimiento, para olvidar que soy una persona que ha recibido cierta alfabetización ilustrada e intentar pensar genuinamente, aunque sea para descubrir lo que otros ya sabían hace siglos. No sé cuál sería el equivalente a la hipnosis, es una reflexión derivada que queda pendiente, podría ser el intento por escribir sin la presencia del conocimiento ultraformalizado y la citación casi enfermiza del mismo, aventurarme a acudir a mi tradición santandereana, a mis propias anécdotas, argumentar con sueños, a seguir el saber amplio de la vida propia y la de mi pueblo, negándome un poco a ceñirme a “la vieja confiable” que se indexa en el mundo actual.

En mi caso, debo admitir que el saber ancestral y el conocimiento, juntos, nos hacen más reflexivos y epistemológicamente más honestos, menos inflexibles en nuestros juicios. Hasta me atrevo a señalar que el saber, a veces tan difícil de asir y delimitar como los sueños, son la inspiración necesaria para la ciencia.

## Referencias

- Adorno, T. W. (1973). *La Disputa del Positivismo en la Sociología Alemana*. Grijalbo.
- Bárcena, F. (2013). Filosofía de la Educación: un aprendizaje. *Educação & Realidade*, 38 (3), 703-730.
- Bedoya, J. (1989). *Epistemología y Pedagogía. Ensayo histórico crítico sobre el objeto y métodos pedagógicos*. ECOE.
- Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (2007). *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre Editores.
- De Zubiría, J. (2002). *Los modelos pedagógicos. Hacia una pedagogía dialogante*. Aula Abierta Magisterio.
- Folman, A. (Dir.). (2008). *Vals con Bashir*. Bridgit Folman Film Gang.
- Freire, P. (2011). *Pedagogía de la esperanza*. Siglo Veintiuno Editores.
- Freud, S. (2013). *La interpretación de los sueños*. Ediciones AKAL.
- Hempel, C. G. (1996). *La explicación científica. Estudios sobre Filosofía de la Ciencia*. Paidós.
- Letras Libres. (s. f.). *El regreso de La peste*. <https://letraslibres.com/revista/el-regreso-de-la-pestes/>
- Lévinas, E. (1991). *Ética e infinito*. Biblioteca de Filosofía Contemporánea.
- Lingolia español. (s. f.). *Aprende y practica español con Lingolia*. <https://espanol.lingolia.com/es>
- Mardones, J. M. y Ursúa, N. (2001). *Filosofía de las Ciencias Humanas y Sociales*. Anthropos.
- Ministerio de educación (s. f.). *Estándares Básicos de Competencias en Lenguaje, Matemáticas*. [https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-340021\\_recurso\\_1.pdf](https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-340021_recurso_1.pdf)
- Mora, J. F. y Terricabras, J.M. (1994). *Diccionario de filosofía*. Grupo Planeta.
- Pabón, C. (2023, septiembre). [Recuperación del pensamiento propio desde la práctica corporal]. Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, Colombia.
- Platón. (2014). *Apología de Sócrates*. Gredos.

Platón (2007). República. En Conrado Eggers Lan, *Diálogos IV* (191-215). Gredos.

Sánchez Castellón, E. B. (2018). Etnoeducación y prácticas interculturales de saberes otros. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 23 (83), 166-181. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27957772015>

Sartre, J-P. (1979). *El ser y la nada. Ensayo de ontología fenomenológica*. Editorial Lozada.

Tobón, M. (2015). Los sueños como instrumentos etnográficos. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 10 (3), 331-353.

Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Crítica/ Instituto de Investigaciones Filosóficas- UNAM.

Zambrano, A. (2007). *Formación, Experiencia y Saber*. Magisterio.